

Frank Palacios

Marujas

bit



POEBOOKS



Primera edición: octubre de 2015

© Frank Palacios, 2015
© Poe Books, 2015
Timoteo Padrós, 14
28200 San Lorenzo de El Escorial (Madrid)
contacto@poebooks.club
www.poebooks.club

Diseño, maquetación y edición (cubierta e interiores):
Magenta Press

Ilustración de cubierta: © Josema Carrasco

Impreso por Cofás Artes Gráficas, S.L.
c/ Juan de la Cierva, 58
Polígono Industrial Prado de Regordoño
28936 Móstoles (Madrid)
cofassa@gmail.com

ISBN: 978-84-943301-6-2
Depósito legal: M-30.982-2015



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

*A mi hermana Pepi, 21:00 horas (20:00h en Canarias),
por sus risas todos los días.*

A Nuria por los años compartidos dentro y fuera del mundo televisivo.

A Josema por la portada de esta novela (con la que le volví loco).

*A Miguel Ángel por hacer que Maruja Bergman viviera en papel,
y a quien despertó del hipersueño en el que se encontraba.*

A mis amigos. Los del mundo real y los del mundo más real que es Facebook.

*A ti, no mires atrás, estoy hablando de ti y de los otros que están
empezando a tocar estas páginas. Páginas que son ¡unas cuantas!*

Jamás pensé que fueran tantas, pero al final lo fueron.

A mí no me miréis, debe ser cosa de las cenefas Art Decó.

*Y a Manolo por ese cuarto de siglo “sufriéndome”, se merece más
que nadie este lugar de honor aquí... (en mi corazón ya lo tiene).*

Gracias y ¡disfrutad de la aventura!



Maryjas

Estás en el ciberespacio, querida

NUEVE

Si te dicen que te vi (ni puñetero caso)

DOCE

Marija en Marruecos (buscando El Lago Azul)

DIECINUEVE

Los peligros del Skype

VEINTITRÉS

Spy vs Spy

VEINTINUEVE

¿Se puede ser más guay? (desde mi punto de vista, imposible)

CUARENTA Y UNO

Domingo de chinos (y la vajilla japonesa)

CUARENTA Y CINCO

Primer día de libertad (según cómo se mire, of course)

CINCUENTA Y CINCO

La Gloria de Montero (y la pesadilla de mi vida)

SESENTA Y UNO

Una tarde de gloria (armadas y peligrosas)

SETENTA Y CINCO

Pepita (la virgen guerrera)

SETENTA Y NUEVE

Utilizando "El Poder" (con el anamórfico)

OCHENTA Y SIETE

¿George Clooney trabaja en El Corte Inglés?

NOVENTA Y UNO

La mano que pasa la aspiradora (es la mano que controla la casa)

NOVENTA Y NUEVE

Las Reinas de la Fiesta

CIENTO CINCO

La fiesta del siglo (dispara y termina con mi sufrimiento)

CIENTO QUINCE

Bajo las estrellas (con George Clooney)

CIENTO TREINTA Y SIETE

Índice

Un hombre en casa (y muchos teléfonos)

CIENTO CUARENTA Y CINCO

Realidad de película

CIENTO CINCUENTA Y UNO

¿Enamorada yo? (¡Por favor!)

CIENTO CINCUENTA Y NUEVE

Fashion + Visa = Ikea!

CIENTO SESENTA Y NUEVE

Tonta, tonta y requetetonta

CIENTO SETENTA Y SIETE

¿Es que alguien ha echado una maldición a mis miércoles?

CIENTO OCHENTA Y SIETE

Autopista a Texas

CIENTO NOVENTA Y DOS

¿Ha pasado todo? No, aún faltaba E.T.

ODSCIENTAS TRES

De lobby a lobby y me toca por tonta

ODSCIENTAS ONCE

Marija Power (la kriptonita no puede conmigo)

ODSCIENTAS DIECINUEVE

Liberando El Poder

ODSCIENTAS VEINTICINCO

Marija salva el mundo

ODSCIENTAS TREINTA Y NUEVE

Playas, Sol, Amor, Pasión y Pedro Agustín

ODSCIENTAS CUARENTA Y NUEVE

A falta de novio también puedo acostarme con el móvil

ODSCIENTAS CINCUENTA Y NUEVE

¡Sólo quiero morirme!

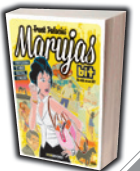
ODSCIENTAS SESENTA Y SIETE

La vida sigue igual (o incluso mejor)

ODSCIENTAS SETENTA Y CINCO

Y así vivimos...

ODSCIENTAS OCHENTA Y TRES





UNO

Estás en el ciberespacio, querida

Cuando conseguí que este condenado *blog* funcionara, me dio tal arrebatado de felicidad que encendí y me fumé un cigarrillo (otro más), y estiré las piernas, donde se acumulaba toda la tensión tras varias horas de intentos infructuosos para que aquello se quedara colgado en el quinto pimiento: Internet, tal... y como mi cabeza lo imaginó.

Henchida de felicidad, tenía que contárselo a alguien porque cosas así... si no se cuentan ¿para qué demonios las haces? ¿Eh? ¡En fin, queridos!

Cogí el móvil y llamé a mi mejor amiga: Julia.

Julia, una mujer inteligentísima pero una auténtica troglodita para Internet (fuera de los correos, facebook o twitter) con la cual iba a estar en ventaja con mi blog. Sí, vale, lo admito: la llamé también para darle envidia.

—¡Hola! —dijo ella al otro lado de la línea.

—¡Julia! No te lo vas a creer...

—En estos momentos no puedo atender tu llamada, pero...

—¡iii...!!!!

Un frustré *cum laude*, queridos. Así que, obcecada decidí llamarla a la oficina. Tras soportar ese horrible hilo musical y cuatro voces dife-





rentes, conseguí hablar con Julia. La productora donde trabaja es enorme y, aunque ella siempre dice que está hasta arriba de trabajo, nunca hay forma de pillarla en el teléfono de su mesa, así que cuando la llamo suelen pasarme por varios departamentos hasta que acierto con uno donde ¡gracias a Dios! se encuentra Julia.

—¡Ya tengo un blog! —chillé al reconocer su voz en uno de esos otros teléfonos.

—¡Qué genial!, ¿no? Yo conseguí aquel modelito que vimos de Purificación García y a un precio ridículo, no al que tenía cuando lo vimos hace unos meses. ¡No hay nada como las segundas rebajas, tía! Casi le saco los dientes a una gorda que pretendía meterse en “mi” vestido de Purificación García.

—...

—¿Maruja?

—Sigo aquí. Me preguntaba por qué esta muñeca de vudú sigue sin funcionar.

—¿Qué decías de un bloc?

—Un bloc no, un blog.

—¿Un qué?

—Un BLOG.

—¿Para qué quieres un BLOC? —hizo una pausa, supongo que pensando en una imagen mía con un bloc en la mano, como el simio de 2001: *una Odisea en el Espacio* lanzando el hueso al aire, y la oí decir con un tono superalegre—. ¡Hola!, sí, ahora me pongo. ¿Es Mateo? ¡Genial!

—¿Julia, me estás oyendo?

—Tía, ¿recuerdas a Mateo Ferrol?

—¿El actor que rima con formol?

—¡No es tan viejo! —dijo como si ofendiera a su madre durante su entierro—. Sólo tiene setenta y... —tosió dos o tres veces.

—Cuando sobrepasan una cierta edad no son viejos... son momias, querida: ¡mo-mias!

—¿Se puede saber qué pasa contigo, tía? —soltó tras una pausa.

—¡Que tengo un BLOG!

—¡Pues felicidades...! ¿Y tienes lápices para colorear?

Seguro que seguía imaginándome como el jodido simio de 2001, con un bloc y un puñado de rotuladores Carioca pintando cual oligofrénica, con *El baile del gorila* de fondo: *Las manos hacia arriba, las manos hacia abajo...*

—¿En qué parte de la productora te encuentras?

—En contabilidad.

—¡Estupendo! ¿Me pasas con Felipe?



—¿Con Felipe? Sí, claro, te lo paso, ¿pero no me llamabas a mí? ¿Para qué quieres hablar con Felipe?

—¿Me pones con Felipe, por favor? Gracias, nena.

—De nada, ¡supongo!

Aunque tapó el teléfono con la mano o la cadera, reconocí un *frus-frus* de tela, oí cómo le decía a Felipe:

—Es Maruja. Dice que quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? —se pasaron el teléfono de manos—. ¿Diga? ¿Maruja?

—Sí, hola, querido, soy yo. ¿Tienes por ahí el cartapacio con las facturas del 2011? Ese año fue estupendo en vuestra productora. Se grabaron muchos programas y series.

—Claro, ¿por?

—¿Quieres hacerme un favor? Cógelo con ambas manos y le arreas a Julia en la cabeza. Es la única forma de que su cerebro se reubique —y colgué.

Muy enfadada, lo que se dice cabreada de verdad, descubrí para mi horror que me había fumado hasta la colilla del cigarrillo. La tarde había sido un auténtico desastre. Primero por lo mal que lo he pasado para conseguir que el blog se activara y funcionara, y segundo porque a mi mejor amiga le importaba tres pimientos de la huerta que yo tuviera un blog o un gremlin mojado entre las manos.

Dicho lo cual... he decidido desde este momento que todas mis paranoias las reflejaré aquí, en este blog, porque seguro que habrá alguien que cansado de ver páginas porno en Internet, o simplemente que por aburrimiento decida detenerse a leer blogs de gente extraña y rara, y me encuentre. Encuentre mi blog.

Si es George Clooney, mejor que mejor.

¡Smuacks!

Marujas.





Si te dicen que te vi (ni puñetero caso)

Hoy ha sido uno de esos días donde todo empieza bien, se va a la mierda, y terminas con un paracetamol burbujeante en la copa de Martini y una bolsa de hielo en la cabeza buscando ropa de verano en el armario. Se puede decir que ha sido un asco de día. Supongo que en mi otra vida fui la mujer más vaga del planeta porque, si no, lo de hoy no tendría explicación. Todo ha sido un auténtico corre-corre desde las siete de la mañana (para colmo miércoles), cuando se supone que el miércoles, además de ser el día del espectador, es el más absurdo de la semana. El día en el que no te puede pasar nada, porque es un día de tránsito entre el trabajo y el fin de semana y porque ¡qué demonios! ¡es miércoles y punto! El trabajo en mi productora empezó a las 9:30. Todavía tenía el rimel húmedo cuando me senté en mi mesa y saludé a Dolores, que llegó con las audiencias y demás papeleo matutino: cartas, informes de ventas al extranjero y un *christmas* navideño retrasado de narices, ya que el remitente era de Venezuela y el cartero habría llegado nadando hasta España después de que se hundiera su trasatlántico. El *christmas* decía bajo la leyenda impresa del *Merry Christmas*: ¡Feliz Navidad! escrito con un rotulador rojo. Ya. Sé lo que piensas: tiene narices.



Ser la primera en llegar tiene sus alicientes: las tazas del café están limpias, hay café y azúcar, importantísimo si lo que pretendes es inyectarte una buena dosis de cafeína antes de abrir el correo y encontrar 200 *spam*, 35 correos dirigidos a la productora y cuatro correos personales de amigos.

A veces da pánico abrir los correos de Frank, porque en ellos encuentro fotos absurdas (no conocéis a Frank, claro), vídeos más absurdos aún o canciones que se graban a fuego en las neuronas y que luego te oyes canturrear todo el día como si fueran una maldición.

Carlos, mi jefe, se presentó más temprano de lo normal (justo cuando me dirigía con el café a la mesa), pillándome en medio del pasillo como a uno de esos conejos que se quedan con mirada de imbécil a las dos de la madrugada en medio de la carretera, cuando vas en el coche a cien kilómetros por hora con Barbra Streisand cantando a pleno pulmón.

Los conejos no suelen salir con vida de ese tipo de situaciones. Barbra Streisand y yo sí.

—¡Maruja! ¡Es estupendo que estés aquí tan pronto!

—¿De veeras? —respondí tomándolo entre halago y futuro trabajo extra.

Lo realmente estupendo era que mi jefe llegara tan pronto, porque desde hace 15 años llego a la productora a las nueve en punto de la mañana, y si él hiciera lo mismo sabría que a las 9:10 estoy en mi mesa con el ordenador encendido, chequeando el correo y eliminando *spam* y posibles virus a lo Terminator.

—¡Gracias! —dijo cogiendo el café de mis manos y girando hacia su despacho—. Ven, tengo que comentarte algo estupendo —se detuvo y se giró. A todo esto yo seguía con cara de conejo imbécil en la autopista a las dos de la madrugada—. ¿Por qué no te preparas un café y vienes a mi despacho?

Mi sonrisa se alargó tanto que creí que las orejas se iban a pintar con el lápiz de labios.

—¡Claro! ¡Buena idea esa del café! ¡Voy a por uno!

Me hizo un guiño simulando que con la otra mano tenía una pistola y apretaba el gatillo.

Tras prepararme otro café y meterme en su despacho, soltó la bomba.

—¡Vamos a poner en marcha una nueva serie en coproducción con Marruecos!

Cuando la mesa del despacho de tu jefe es de cristal se crea un extraño efecto en plan *Matrix* al oír una noticia así. Me refiero a que ver cómo el café que estás bebiendo te sale por la nariz y se queda



como flotando en el aire unos segundos es... muy flipante, es muy *Matrix*. En realidad sabes que todas esas gotitas de café que has expulsado están sobre el cristal, pero el efecto que se crea no deja de sorprenderme. Y tengo experiencia, no creáis.

—¿Una coproducción con Marruecos?

—Recuerdas aquella peli que se llamaba... sí hombre, esa de una tía que estaba muy buenorra y un chico que naufragaban en una isla, una peli de los años ochenta que...

—¿*El Lago Azul*? —no supe si salir de allí por piernas o darme una bofetada por seguirle el hilo a mi jefe.

—¡Esa misma! —dijo con un chasquido de dedos que restalló igual que si se partiera una espina dorsal desde la nuca hasta la rabadilla.

Pánico sentí cuando le pregunté...

—¿La coproducción tiene que ver con *El Lago Azul*?

—¡Exacto!

—¿En Marruecos?

—Correcto, Maruja. ¡Es que eres de un listo!

—¡¡¡...!!!

No lo dijo para humillarme, lo dijo como si acabara de descubrir vida en Marte, una vacuna contra el cáncer o un nuevo sustituto de la silicona porque lo dijo completamente emocionado.

—¿Vamos a hacer un *remake* de *El Lago Azul en Marruecos*? —repetí la pregunta por si su cerebro no había captado, al igual que el mío, que tal similitud era la mayor estupidez que podría imaginarse en la historia del cine o de la televisión, aunque si nos da por pensar en tonterías como aquella de “¿qué pasa si hacemos el cuento de la cenicienta con una prostituta de alto standing reque-tebuenísima?”. ¿*Pretty Woman*? ¡Exacto!—. ¿*El Lago Azul en Marruecos*? —repetí subiéndome una octava.

—Pero más dramática...

—¡Ay la Virgen...! ¡Y tanto que lo va a ser sin agua a kilómetros a la redonda! —imaginé a los protagonistas muriendo deshidratados en medio del desierto, a 45 grados a la sombra. Eso sí que es dramatismo. Como en la peli *Playa Sangrienta* con protas siendo devorados por un bicho que se esconde bajo la arena o, mejor aún, cuando se dicen “te quiero” sale un gusano de arena de *Dune* y se los merienda de un bocado con un sonoro eructo y... FIN.



—¿Qué me dices? ¿A que te has quedado sin palabras?

—Caray... ¡completamente! —volví a mirar el cristal de la mesa con todas las gotitas de café y me levanté—. Uy, vaya. Será mejor que vaya a por algo para limpiarlo —y salí del despacho como alma que lleva el diablo hacia la mal llamada cocina de la productora, que recuerda al armario de Paco Clavel con tanto trasto que debería haberse tirado a la basura, allá a principios de los 90, pero que nadie ha tenido el valor suficiente para tirarlo o incinerarlo con un buen lanzallamas.

—¿Qué temperatura crees que hará en esta época en Marruecos, Maruja? —preguntó Carlos desde su despacho y le oí como muy lejos, aunque en realidad estaba en la habitación contigua. No era él quien estaba lejos, era mi cerebro el que se fugaba de aquella situación y de allí.

—Pues no lo sé, Carlos... ¿una temperatura *agradable*?

—Eso mismo pensaba.

—Pero lo consulto ahora mismo en la web de *Maldonado*, que es más fiable que cualquier app meteorológica.

Cogí un paño y el limpiacristales y regresé al despacho sin saber dónde narices había dejado mi taza de café. Daba igual. Había perdido las ganas de tomar café. Aún estaban frescos los dos cadáveres deshidratados en el desierto.

—Espero que hayas sacado tu ropa de verano —dijo agitando lo que parecían dos billetes de avión—, porque mañana ¡nos vamos a Marruecos, Maruja!

—¿Ah, sí?

—Sí, tú y yo.

Cuando volví en mí (varios minutos más tarde), me encontré con las caras de preocupación de mis compañeros mirándome como si fuera un ácaro bajo el microscopio. De fondo podía oír alegres comentarios de algún hijo de mala madre diciendo: «*¿Qué suerte tiene Maruja! ¡Se va a Marruecos!*».

—¡Pero no puedo irme mañana a Marruecos! —dije al ponerme en pie. Aún seguía en el despacho de mi jefe con el limpia cristales en la mano y el paño en la otra. Sí, nadie, en ese lapso mío había limpiado el café de la superficie de la mesa, ni levantarme el suelo para ponerme en una silla o en un sofá—. ¡No puedo ir mañana a Marruecos, Carlos! —repetí un pelín más histérica por si alguien no me había oído bien la primera vez.

—¿Por qué no, Maruja? —preguntó apareciendo por un lado y vi su cara aún bajo los efectos del inminente y emocionante viaje a Marruecos.

—Porque... porque... ¡porque soy alérgica!

—¿A Marruecos?

—No, ¡claro que no! Soy alérgica a la picadura de un bicho... a las serpientes, los escorpiones, los gusanos de arena, los dátiles que caen de las palmeras. ¿Sabes que un turista perdió un ojo por culpa de un dátil?

Mi excusa se convirtió en el cachondeo del día entre mis compañeros. El resto de la jornada fue un hervidero de gestiones, llamadas y hoteles para la preparación de esa megaserie de *El Lago Azul* en el desierto, picados por bichos como serpientes, escorpiones y con medio reparto tuerto por culpa de los dátiles *sacaojos*.

Esa noche, al llegar a casa y cerrar la puerta me di una soberana bofetada esperando despertar en mi cama y que todo aquello hubiera sido un sueño provocado por el estrés, el café y por esos almuerzos de manzana golden con queso Brie. Pero no, seguía apoyada contra la puerta, con la cabeza como un bombo (como sigo ahora mismo y eso que voy por mi segunda aspirina), y sin ninguna gana en estos momentos de ponerme a elegir ropa para el viaje de mañana a ¡Marruecos!

Los reyes de España regresan de su visita a Marruecos y nosotros nos vamos en sentido contrario para hablar con un montón de gente y preparar un dossier sobre la viabilidad, o no, de un proyecto del copón. Para mayor desgracia, ahora que acabo de estrenar mi blog me tengo que pirar de viaje y desatender *mi tesoro* durante unos días. ¿No leí por alguna parte aquello de “*blog que no se actualiza, blog que nadie mira*”?

Pero por encima del blog estaba mi trabajo. Siempre lo ha estado, así que sólo me quedaba preguntarme aquello a lo final de serial: ¿Sobreviviré? ¿Me raptará un tuareg? (¿los tuaregs son de Marruecos o del Sahara? Creo que del Sahara) ¿Me meterán en un harén? ¿Tendré algo en la nevera para cenar esta noche? ¿Seguiré guardando esos tranquilizantes que compró mi madre la última vez que pasó George Clooney por España?

Esas respuestas y muchas más... en nuestro próximo capítulo.

